

La traducción escolar con diccionario

José Luis BARTOLOMÉ SÁNCHEZ *

El problema

De no existir ya una extensa tradición sentenciosa sobre las asperezas que comporta el arte de trasladar una palabra, frase o discurso de una lengua a otra (recuérdese el celeberrimo refrán «Traduttore, traditore», o el menos conocido y acaso injurioso para algunas: «La traducción es como la mujer. Si es hermosa no es fiel, y si es fiel no es hermosa»), uno tendría que apresurarse a crearla a fin de recomendar cautela ante todo intento brioso y desenfadado de traducir o comparar dos sistemas lingüístico-culturales que presumimos conocer y aun dominar.

En las traducciones de obras literarias y científicas se incurre, por desgracia con excesiva frecuencia, en defectos de una precisa versión del sentido original. No voy a delatar, citándolos, textos en los que la mala traducción es flagrante, sino sencillamente a recalcar lo que otros con anterioridad y mejor conocimiento han dicho: en el caso de nuestro país, se traduce mucho y mal. Releyendo unas notas de una conferencia del profesor Julio César Santoyo sobre «Criterios objetivos para la evaluación de la traducción inglés-español»¹ observo que en el año 1977 se habían traducido 2.831 títulos ingleses, y que en 1978 el 46% de las traducciones al castellano eran de la lengua inglesa. Estas cifras y porcentajes sin duda se han incrementado en el paréntesis de estos años, pero la calidad parece no haber mejorado en la misma medida, al menos en las ediciones populares e incluso en algunas supuestamente dirigidas a un lector exigente. Tal vez no hemos desarraigado todavía el sentir dieciochesco que ridiculizaba el padre Isla según el cual «pocas son las madres que no tengan un hijo que no sepa traducir».

* Profesor agregado inglés I.B. «Abat Oliva», Ripoll (Gerona).

¹ Dada en la Universidad Autónoma de Barcelona el 11 de marzo de 1980, dentro de las «III Jornadas de Lingüística Aplicada».

La traducción escolar

Pero penetremos sin mayor dilación en el terreno de la traducción escolar. Ojalá estos párrafos introductorios hayan condicionado algo el ánimo de los colegas en favor de una lectura benevolente de una traducción –que me anticipo a calificar de disparatada– y que constituyó, como un aguijón, el punto de partida de una reflexión personal sobre el valor de la traducción del idioma extranjero (inglés en nuestro caso) en los centros de bachillerato, y el de las iniciativas preventivas adoptadas para paliar posibles desastinos.

La experiencia que aquí quiero exponer se refiere a un ejercicio con alumnos de COU. El pasaje que debíamos trasladar era de la revista *Time* (4 de mayo 1981, pág. 50), y anunciaba la siguiente importante novedad científica:

MAKING SKIN FROM SHARKS

Early tests offer new hopes for burn victims

Each year, thousands of Americans die from fires. In too many of the cases, death occurs because so much skin is burned away that vital body functions are disrupted. Essential fluids ooze out, and natural defenses are too weakened to fight off bacterial infection. To prevent these complications doctors try to cover burn sites with skin grafts from undamaged portions of the patient's body, but often there is too little skin left and they have to resort to using skin from pigs or cadavers. Being foreign tissue, these grafts are usually rejected in three to 25 days. The ideal solution would be artificial skin, a goal that has eluded scientists. But last week a team of Boston researchers announced they had a successful skin substitute made from a startling mixture of ingredients: cowhide, shark cartilage and plastic.

Developed over the past decade [...] the artificial skin has so far been used on ten patients, ranging in age from three to 60.

HACIENDO PIEL DEL TIBURÓN

Los primeros experimentos ofrecen nuevas esperanzas a los quemados

Cada año, miles de norteamericanos mueren a causa de los incendios. En demasiados casos, la muerte sobreviene porque se quema tanta piel que las funciones vitales del cuerpo se interrumpen. Los líquidos que resultan imprescindibles se pierden, y las defensas naturales quedan demasiado debilitadas para com-

batir la infección bacteriana. A fin de evitar estas complicaciones, los médicos tratan de cubrir los lugares afectados por la quemadura con injertos de piel de las partes no dañadas del cuerpo del paciente, pero con frecuencia queda demasiada poca piel y han de recurrir al empleo de piel de cerdo o de cadáveres. Al ser un tejido extraño, estos injertos generalmente son rechazados entre los 3 y los 25 días. La solución ideal sería la piel artificial, una meta a la que los científicos no han llegado. Pero la semana pasada un equipo de investigadores de Boston anunció que tenían un feliz sustituto de la piel, hecho de una sorprendente mezcla de ingredientes: cuero, cartilago de tiburón y plástico.

Comenzada a experimentar durante la pasada década, [...] la piel artificial ha sido utilizada hasta ahora en 10 pacientes, de edades comprendidas entre los 3 y los 60 años.

Para realizar la traducción, los alumnos disponían de una hora y podían utilizar el diccionario. Seleccionadas las aportaciones desatinadas, que alcanzaban al 60% de la clase (el resto, afortunadamente, había mostrado una progresión notable o aceptable con respecto al principio del curso), se podía reconstruir el siguiente «puzzle» fantástico al que, como en las películas, debería colgarse el rótulo de que todo parecido con la realidad (la del texto original) es pura coincidencia:

HACEMOS PIEL DE TOROS

Avanzados textos ofrecen nuevas esperanzas para las víctimas quemadas

Cada año millones de americanos morían de fuegos./ Muchos de los casos son muertes no muy claras, ya que en muchos de ellos la piel está quemada/ y estas funciones vitales del cuerpo son rotas./ Esencialmente fluidez «exudar», y las defensas naturales son también debilitadas por el fuego lejano de la bacteria infecciosa./ Se había de prevenir estas complicaciones, los médicos experimentan con el tejido quemado colocado en envolturas en perjuicio de los nada atrevidos pacientes./ pero a menudo hay demasiadas pocas pieles que se dejan, y han de recurrir al uso de cerdos o cadáveres./ Existen vendas extranjeras, estas son generalmente rehusados a usar entre los 3 y 25 años./ La solución ideal vendría a ser la vena artificial,/ un guardameta que fuera eludido científicamente./ Pero en el fin de semana con el equipo de Boston se anunció una investigación acerca de lo ocurrido sobre la piel, sustituyendo con asombro los ingredientes mixtos: cuero de vaca, piel cartilaga y de plástico.

Desarrollada para alcanzar la pasada época, la piel artificial tiene tan poca probabilidad que fuera usada en 10 pacientes, la llamada en la época frente 3 a 60.

Otros titulares de la noticia no desmerecían en nada al anterior: «Fabricación de piel por expertos», «Fabricamos piel desde los caimanes». Una traducción era toda una inyección de vigor para los enfermos: «las defensas naturales están tan debilitadas que rechazan una infección bacteriana». Otra entendía que la necesidad del injerto se requería ya en los casos de «quemaduras solares» («burn sites»).

¿Por qué se llega a semejantes disparates?

Para qué seguir. Como en mi caso, la lectura de estas esperpénticas traducciones habrá evocado a más de uno el recuerdo de la hace años famosa *Antología del disparate* del catedrático Luis Díez Jiménez, catálogo de contestaciones disparatadas en exámenes y reválidas de bachillerato.² Al igual que señalaban algunas críticas de esa obra, ante tamaña monstruosidad —traductora la que nos ocupa— no cabe sino expresar una contradictoria sensación de risa y pena, de asombro y de ira.

¿Por qué se llega a semejantes disparates? Sin ahondar en motivaciones psicológicas que sin duda las hay, pues quien traduce (sobre todo si se sabe poco brillante en la asignatura en general) parece permanecer inmerso en un mundo irreal el rato que dura el ejercicio, se me ocurren estas razones:

a) El alumno ni domina ni conoce por asomo las estructuras sintácticas y morfológicas mínimas requeridas al término del BUP. Así se observa, p. ej., en el desconocimiento de la consecutiva «so much... that», la anteposición del adjetivo al sustantivo y que éste puede calificar a otro sustantivo; que «too» ante adjetivo o adverbio significa «demasiado»; la constante confusión de sujetos y de tiempos verbales, etc.

b) Manifiesta pobreza de vocabulario. Puede que «shark» no sea muy familiar, pero qué decir de «thousands», «days» y otras palabras.

c) Incompetencia en la comprensión y expresión escrita en la propia lengua. A esta conclusión he llegado tras cotejar otras traducciones y redacciones, si es que esta traducción por sí sola no es lo bastante evidente. Las expresiones «morir de fuegos» (muy poética por cierto), «avanzados textos», «esencialmente fluidez exudar», son engendros del mal traducir. También se nota la interferencia (mucho más patente en otros ejercicios de traducción) de una tercera lengua, en este caso la materna: el catalán. «Vena» (sic) significa venda en castellano cuando no se incurre en desliz ortográfico («bena» y no «vena»), pero resulta que tiene otro significado propio en castellano.

d) Falta de lógica y precisión en la fijación de las ideas. ¿Acaso se conocen vendas no artificiales? ¿Algún guardameta (Arconada, por ejemplo) ha sido alguna vez eludido científicamente? (?) ¿Cómo unas defensas debilitadas pueden combatir una infección? Si fuera cierto lo que parece vaticinar esa traducción, antes de inaugurar el siglo XXI, Estados Unidos podría haberse quedado sin gentes, víctimas todas ellas del fuego.

² Para mostrar que el desconcierto lingüístico ante un idioma foráneo de los estudiantes de bachillerato no es monopolio de una época, anotamos de esa *Antología* la siguiente traducción errónea de la frase francesa «Nos sens nous trompent souvent» (nuestros sentidos nos engañan con frecuencia): no sabemos tocar la trompeta seguido (Evaluación 5º, enero 1971).

e) El profesor no ha introducido a los alumnos en algunos pormenores de la traducción, del tipo de traducción o para qué se quiere traducir. No les ha asesorado sobre algunas técnicas, aunque rudimentarias, del manejo del diccionario. No se ha ejercitado esta disciplina de una forma razonadamente variada, ni en los temas, ni en los estilos ni en la extensión de las lecturas. En definitiva, el profesor ha hecho de la consecución de una buena, mediocre o mal traducción una cuestión de azar.

Esto último se había hecho. Vamos a ver cómo. Debo subrayar antes que las técnicas de traducción que administraba eran más bien fruto empírico de la observación de las pegas que otros alumnos de COU habían encontrado en cursos pretéritos y de una traducción exploratoria, que no de mis lecturas sobre esta materia —escasas y reducidas a Mounin, Jakobson y Lorenzo en la vertiente teórica y Lado en la evaluativa³— que no aportaban iniciativas prácticas aplicables a la dimensión de los propósitos del COU.

El gran objetivo en la faceta de la traducción en este curso era el de la comprensión, libre de errores o defectos que la entorpecieran, de fragmentos o textos íntegros de variada extensión, que aumentaría progresivamente hasta las 15 ó 20 líneas en las pruebas de evaluación. Los textos corresponderían a diferentes géneros, temas y estilos: prosa periodística, ensayo, novela, revistas científicas, etc. No se concebía la clase de COU como una escuela de traductores en donde los resultados rayaran en lo preciso y precioso, sino como un laboratorio en que se experimentaba —para los casos de inferior actitud y rendimiento— con fórmulas (técnicas) y materiales (textos) a fin de conseguir un producto (competencia interlingüística) que permitiera al estudiante universitario en ciernes salir airoso o al menos no sentirse impotente en las situaciones en que en la facultad se viera precisado, por motivos de cumplimiento o ampliación de programa, a consultar bibliografía o a leer y traducir artículos en inglés.

Metodología

La metodología se resumía en el siguiente compendio de recomendaciones, observaciones para el manejo del diccionario, y propósitos de revisar aspectos fundamentales de la gramática inglesa:

1. Recomendación de diccionarios apropiados en función de su utilidad, fácil manejo y bajo coste (entre otros el «Langenscheidt», «University of Chicago», y el «Oxford English-Spanish Reader's Dictionary», algo más flojo éste).

³ Georges Mounin, *Los problemas teóricos de la traducción* (trad. francés), Gredos, 1971; Roman Jakobson, «En torno a los aspectos lingüísticos de la traducción» (1959) (trad. inglés), *Ensayos de lingüística general*, Seix Barral, 1975, pp. 66-77; Emilio Lorenzo, «Sobre el menester de la traducción» (1977), *El español y otras lenguas*, SGEL, 1980, pp. 163-172; Robert Lado, «The Testing of Translation», *Language Testing*, Longman, ed. 1972, pp. 261-269.

De los tres tipos de ejercicio que Lado propone para evaluar la traducción de la lengua extranjera a la nativa («completion», «filling the blanks», «full translation») sólo el último se ajusta al nivel de dificultad propuesto para el COU, pero exigiendo dos tipos de traducción: una respetando el original y otra libre. ¿Alivio o sobrecarga del disparate?

2. La traducción sería controlada al principio, al igual que suele hacerse con las composiciones en el BUP. Es decir, en los primeros pasajes se tendería a procurar que las estructuras sintácticas y léxicas allí presentes fueran las asimiladas hasta entonces por el alumno.

3. Antes de proceder a su traducción, debería tener lugar una lectura atenta del texto, procurando que con ésta se sonsacara la esencia o una noción mínima del mensaje. Éste, que parece un precepto tan simple, evita en su momento más de un desaguisado en quienes entienden la traducción como el arte de resolver crucigramas: ahora traduzco una frase del principio, después una del medio, y luego otra del final; las junto todas y a ver qué queda.

En el ejemplo de la traducción vista, la presencia de las palabras «defenses», «foreign», «goal» y «team» seguramente dejaron en algún alumno la impresión de que el texto se refería a un encuentro internacional de fútbol.

4. Se ha de revisar la traducción que se entrega atendiendo a la correspondencia lógica entre los párrafos y cláusulas que la componen, y a que en la redacción en castellano/catalán (según la disposición de cada uno) no se adviertan ambivalencias o distorsiones de expresión.

5. Cuando el sentido literal de una frase original resulta vago o inexpressivo, en la traducción se aconseja el «rewriting» (término jakobsoniano), una paráfrasis o reformulación de la palabra o frase, apoyándose en el sentido general del párrafo o pasaje. Así ocurriría con la frase «a goal that has eluded scientists».

Esto no siempre es fácil, y requiere una efectiva competencia intralingüística del alumno, exigible en el COU, y de la que algunos no carecen. Así, en la traducción exploratoria de inicios del curso, la literalidad de la expresión «that's where I draw the line» (eso es donde dibujo la línea) supo ser subsanada por quienes entendieron que si el pasaje giraba en torno a una bruja inglesa que practicaba ritos pero no admitía los sacrificios humanos, la frase en cuestión tendría sentido correcto traduciéndola por «de aquí no paso».

6. El diccionario es un instrumento para conseguir el objetivo de la traducción, pero no es el objetivo en sí mismo. No cabe considerarlo como una panacea y sí como un arma de doble filo. Una abusiva consulta entorpece el ritmo de asimilación del texto y normalmente da resultados inferiores⁴.

7. Como una lección más, se procedía al estudio de las páginas que todo buen diccionario dedica a la organización de los artículos. Conociendo los principios de colocación de las frases, es mucho más fácil y ágil la localización de una palabra compuesta, un verbo frasal o modismo. De este modo, si se quiere, p. ej. reconocer el significado del frasal «take after» se consultará el artículo *take*, mientras que para la expresión «take a risk» debiera echarse un vistazo al artículo *risk*.

8. Debe prestarse atención particular, a la hora de optar entre uno u otro significado según las características del texto, a las abreviaturas con implicaciones semánticas (término legal, comercial, de la medicina, etc.), que en algunos diccionarios vienen representadas por claves simbólicas.

⁴ «In both literary and non-literary translation, there is no objection to having the translator consult any and all works of reference. In the case of non-literary translation, since speed is a factor, the student who needs to make heavy use of reference material is retarded in his speed of translation and is therefore scored lower». (Lado, ob. cit., pág. 264).

9. Las abreviaturas de la terminología gramatical se tienen muy poco en cuenta, como me recuerda el caso de una joven alumna de 2º de BUP quien, en una composición sobre la amistad («Friendship»), quiso expresar lo triste que resultaría estar solitaria («lonely», palabra ya vista en clase por entonces) y no se le ocurrió nada mejor que buscar, en el diccionario, un sustantivo en lugar de un adjetivo, con lo que en el intestino de su redacción se ubicó un inoportuno gusanillo parásito («tapeworm»).

10. El desconocimiento de las abreviaturas de uso más corriente (e.g., i.e., p.m., M.P., la de los estados norteamericanos o condados ingleses) comportan una notable pérdida de tiempo cuando no dan lugar a interpretaciones de lo más dispar.

11. Se recomienda cautela con los «false friends», y se insta a consultar diferentes acepciones en aquellas palabras que por su forma nos resultan peligrosamente familiares en el significado. Así, se pueden evitar los desaciertos que ocasionaría una traducción a ciegas de vocablos como «actual», «casual», «eventually», «fastidious», «library» y tantas otras.

12. Muy útil es señalar el/los valores de significación de los prefijos y sufijos que por su frecuencia en la formación y derivación de las palabras (*un-, over-, ness-, lless-, ish-, etc.*) suelen omitirse en los diccionarios, especialmente cuando la palabra no es muy usual.

13. Se hacía hincapié en las formas de traducir la voz pasiva inglesa (tan pluriempleada en esta lengua) en castellano. Se trataba de evitar que construcciones del tipo «John was given a present» se tradujeran sistemáticamente por «Juan fue dado un regalo».

14. Se revisaban palabras gramaticales con más de una función y significación: el gerundio con valor nominal, *as*, la ya referida *too*, las preposiciones, *like* que no sólo es un verbo como le debió parecer a quien estaba convencido en cierta ocasión que «Stop talking to me like that» quería decir «Deja de caminar (sic), que a mí me gusta esto», etc.

15. Los verbos irregulares constituyen un suplicio para quien es incluso incapaz de reconocer en «went» y «gone» las formas de pasado y participio del verbo «go». También suponen el desespero del profesor que, desde el primer curso del BUP, aconseja que estos verbos estén frescos en la memoria. La inoperancia manifiesta repetidas veces en la consulta de las abreviaturas gramaticales en el léxico hace que formas de pasado y participio se traduzcan, invariablemente, como de presente, produciéndose una ruptura en la concordancia de tiempos del pasaje.

16. La no diferenciación entre verbos frasales y preposicionales y el régimen sintáctico que imponen al objeto directo (nombre o pronombre) es, por último, otro abundante brote infeccioso de malas traducciones al que conviene aplicar la terapia preventiva. El alumno tiende a traducir la partícula que funciona como adverbio o preposición (o con sentido redundante como veíamos en «burned away» o «fight off») desconectándola del valor especial que adquiere junto al verbo. Así, frases como «We called on John» (visitamos a Juan) o «They brought him up in England» (le educaron en Inglaterra) suelen ser fusiladas con estas, u otras parecidas, versiones carentes de sentido: «Llamaron sobre Juan», «Le trajeron arriba, en Inglaterra».

¿Hay que renunciar a la traducción?

Sin duda, otros puntos metodológicos permanecen inéditos en el tintero de mi mala memoria⁵. Creo que bastarán los expuestos, por considerarlos primordiales, para que cuantos colegas que incorporan en el COU la traducción como una quinta destreza puedan valorar a cuál/cuáles de las razones aludidas obedecen los disparates de la traducción aquí expuestas. Obviamente, no se puede hablar en términos definitivos de tales o cuales dificultades habituales que entorpecen la traducción. Cuando uno tiene la suerte de topar con un curso cuyo nivel medio es aceptable, esos puntos metodológicos podrían muy bien reducirse a la mitad. Pero cuando el nivel es insuficiente o ínfimo, podrían ser tantos (desbordando la capacidad de asombro del profesor) que muy bien podría pensarse en arrojar la toalla y dedicar el tiempo lectivo a revisar el verbo *to be* y escuchar canciones.

Cabría añadir otra consideración. ¿Se hubieran dado los mismos resultados de ser el inglés (el idioma moderno) obligatorio en la Selectividad, obligando al alumno de inferior capacidad y rendimiento a tomar una actitud más dinámica, menos indiferente, y de mayor compromiso hacia la asignatura? Sinceramente creo que hubieran mejorado.

Tras esta suerte de sinsabores, ¿hay que renunciar a la traducción del idioma extranjero en COU? Opino que no. Es más, el mayor grado de valor práctico que se le puede dar a esta disciplina y al futuro universitario estriba –tal como están las cosas– en el objetivo, ya apuntado, que la faceta de la traducción tiende a conseguir. Entiéndase bien, la traducción como una faceta más, sin excluir otras.

Tal vez por considerarla inoportuna, o porque la traducción es objetivamente difícil de evaluar, algunos no la hayan considerado. El hecho de traducir más o menos aceptablemente puede que, por otra parte, no conceda ningún mérito especial al dominio activo de una lengua extranjera, pero concede superioridad en otros aspectos, como escribía en el siglo pasado el autor y crítico norteamericano James Russell Lowell (*Literary and Political Addresses*):

The practice of translation, by making us deliberate in the choice of the best equivalent of the foreign word in our language has likewise the advantage of continually schooling us in one of the main elements of a good style –precision; and precision of thought is not only exemplified by precision of language, but is largely dependent on the habit of it.

Reflexionar sobre la propia lengua y hacer más preciso nuestro pensamiento no serían logros despreciables, a juzgar por todo lo aquí visto. La idoneidad interdisciplinaria del idioma moderno saldría al menos así, una vez más, robustecida.

⁵ He omitido con toda intención –por honestidad, ya que no lo había llevado a cabo con ese curso– la tarea de medir el vocabulario pasivo del alumno que accede al COU, que se presume del orden de las 2.500-3.000 palabras (?). Supone un quehacer laborioso, poco grato, aunque el problema real es cómo, y cuánto y qué vocabulario. Tal vez el propuesto por la reciente publicación «English Journal» para lectores de grado medio (¿2.500 palabras?, cito de memoria) vendría más al caso que maniobrar con el clásico de Michael West, *A General Service List of English Words*.

De una lengua a otra



